

Espronceda, José de. *Obras Completas*. Edición, introducción y notas de Diego Martínez Torrón. Madrid: Cátedra, 2007.

Para muchos el nombre del autor extremeño José de Espronceda va unido al desaire romántico, a la sublevación de lo marginal (o de lo pretendidamente marginal), al extraño heroicismo que comporta el desafío a toda ley que se interponga entre el hombre y su libertad: imágenes arquetípicas que se proyectan sobre su figura, clasificándola y encasillándola inevitablemente con semejantes etiquetas ¿Pero este es el auténtico retrato del autor? ¿Puede seguir alimentándose la Historia de la Literatura con tales etiquetas sin que se resienta la autenticidad de dichas valoraciones?

Si uno se deja llevar por los impulsos que invoca la inquietud del saber, encuentra una evidente disociación de planteamientos teóricos frente la arquetípica definición del autor romántico que tanto ha ayudado a engrosar las librerías con escaso beneficio intelectual. Incluso, si comparamos los propios retratos del autor podemos ser testigos de esa misma dicotomía que, de entrada, parece un rasgo especialmente llamativo: por un lado, el Espronceda altanero, desafiante, moderno y rompedor, pasional e impulsivo, con su estética Beatles y su cuello alto, negro el traje; por otro lado, el Espronceda conciliador, mesurado, preocupado por su tiempo, vestido según las normas de la época, con una mirada despejada y un aspecto mucho más conservador, según lo quiso plasmar el pintor Antonio María Esquivel en el retrato que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. Etiquetado el primero, desconocido el segundo: sólo cabe preguntarse hasta qué punto José de Espronceda es, hoy en día, un clásico conocido en profundidad por el gran público lector.

Pero más allá de la edad ¿Qué separa a estos dos retratos? ¿Hubo, acaso, dos «esproncedas» enfrentados e irreconciliables? Y si es así ¿Cuál es el genuino, el auténtico referente? Como a muchos de los lectores les sucederá, resulta más fácil imaginar en boca del joven poeta con aire rebelde aquellos brillantes versos de La Canción del Pirata “Con diez cañones por banda / viento en popa a toda vela, / no corta el mar sino vuela / un velero bergantín”. De igual modo, parecen mucho más próximas

al segundo retrato aquellos largos lamentos del «Canto a Teresa» de El Diablo Mundo , quizás porque la altanería del primero queda suplantada por la mirada melancólica y dolida del segundo: “¿Dónde volaron ¡ay! Aquellas horas / de juventud, de amor y de ventura, / regaladas de músicas sonoras, / adornadas de luz y de hermosura?”

Ya sabemos que la literatura al uso (aquella que rinde culto a los clichés y a los tópicos didácticos) parece insuficiente para dar cuenta de esa compleja identidad que los retratos de José de Espronceda guardan en su propia mirada. Incluso usando la socorrida técnica de las etapas y períodos de su obra. Tal vez la razón estribe en la orientación crítica y editorial que su figura ha tenido hasta la fecha, relegando aquellas ediciones más exhaustivas a un segundo plano y ensalzando a aquellas que potenciaban al arrebatado autor romántico capaz de morir por una infección en la garganta a causa de la urgencia con que se desplazó a caballo desde Aranjuez para asistir- y esto lo que se oculta- a una sesión en las Cortes y dejando a un lado su amor y respondiendo a su llamada social, aunque con consecuencias desastrosas para el autor. En efecto, se trata de un personaje marcado por su impulsivo temperamento, pero mucho más concienciado por sus obligaciones políticas que por el simple arrebató de las pasiones de lo estrictamente personal.

De sus textos emana una voz que, a pesar de su aparente dicotomía, sobrevive holgadamente a tanto lugar común y a tanta constricción para sorprendernos con las armas que la calidad literaria y el espíritu incomparable de su autor revelan, tanto para el lector menos avezado en los lares críticos como para aquellos más adentrados en la maraña teórico-crítica de los estudios literarios. Sin duda, se nos descubre así una obra literaria marcada por su audacia y su riqueza de mundo simbólico y coherencia creadora.

Ha sido la emblemática editorial Cátedra la que ha sabido dar justo merecimiento en nuestros días a José de Espronceda, publicando con magnífico cuidado las Obras Completas del escritor pacense. Da continuidad con ello a una línea editorial de inestimable valor dentro del actual panorama literario, enriqueciendo los estantes de las librerías y de sus usuarios habituales con obras completas de los clásicos más

representativos de la Literatura Universal, donde se encuentran nombres, entre otros, como Hans Christian Andersen, Virgilio, Gustave Flaubert, Gustavo Adolfo Bécquer, Esquilo, Miguel de Cervantes, Pedro Salinas, etc. Una labor divulgativa que está de enhorabuena si valoramos el proyecto inicial de esta colección: hacer de los clásicos una referencia de presente y de futuro.

Pero la edición de las *Obras Completas* de José de Espronceda cuenta con una aportación crítica a cargo de Diego Martínez Torrón que, sin duda, hace plena justicia a la calidad de volumen desde todas las perspectivas posibles. La contrastada calidad de su trayectoria investigadora le ha llevado a publicar numerosos estudios sobre el romanticismo español, pero sobre todo, destaca su acercamiento sobre el propio Espronceda, publicado en 1999 y titulado *La sombra de Espronceda*. Es, por tanto, un indiscutible conocedor tanto de la época como del autor y su estudio introductorio es una buena muestra: nos articula, con claridad exegética, un recorrido amplificado pero conciso, que nos sirve de marco de la obra de Espronceda donde, una a una, van cayendo las oxidadas etiquetas que hemos ido mencionado. La conclusión parece evidente tras la justificación de su teoría, pues todos aquellos arquetipos de su figura quedan renovados, dirimidos sin caer en el regodeo de las teorías y de las citas. Cumple con la difícil misión de satisfacer al lector, tanto al apasionado por la simple lectura como a aquel que indaga en los datos, en las referencias y en los estudios pormenorizados.

Sin más objetivo que el de esclarecer la compleja personalidad de José de Espronceda, Martínez Torrón abre una interesante revisión del romanticismo español que, cuanto menos, no deja indiferente y, acaso, rompe los moldes de lo estipulado hasta la fecha: hartos de leer que el romanticismo en España fue escaso y tardío por norma, Martínez Torrón se desmarca afirmando «hay que mantener que España no llegó tarde y mal a la modernidad, y que nuestro romanticismo fue coetáneo del inglés, francés o alemán, que son los más tempranos. Lo que ocurre es que el romanticismo es diferente en cada país, por el nacionalismo específico a él asociado». Porque el debate está abierto y con él un sin fin de opiniones que, por lo menos, pueden llevarnos a releer aquellos datos y

aseveraciones que se han venido tomando como intocables. No obstante, también entiende que las dificultades políticas del país durante estos años de convulsión social cortaron de raíz una línea evolutiva que nunca hubiera ido a la cola de Europa, como finalmente ocurrió, sino por una senda diferente e, incluso, disidente.

Pero, esta afirmación apunta indirectamente contra aquellos círculos de opinión que habían visto a los escritores españoles románticos como epígonos de una literatura heredada a cuenta de su calidad, o adoptada para ser suplantada por la estética realista y naturalista.

Quizás este hecho se deba por el largo salto cronológico que se ha efectuado a la hora de abordar este período literario: por ejemplo, queda vacío el casillero temporal que se recorre entre los años 1795 y 1834, donde autores como José Marchena o Manuel José Quintana- tan coetáneos con el romanticismo europeo- fueron ignorados o marginados para el público lector en beneficio de otros autores (los llamados prerrománticos) como Cadalso, Cienfuegos o Meléndez Valdés entre otros. Y quizás esta falta de paralelismo real entre el romanticismo español y el europeo tenga mucho que ver con la escasa consideración de esta época, de plena convergencia entre ambos, como objeto de estudio propiamente dicho. Como es lógico, si la crítica entiende que la obra de Espronceda cumple con la lógica de esa evolución interna (enlazando con la obra de Marchena y Quintana por ejemplo), verá en sus textos atisbos de una modernidad y de una novedad que, hasta la fecha, se le ha negado en gran medida. Si, en cambio, se sigue considerando -a pesar de los precisos esfuerzos de Martínez Torrón en su edición y de muchos otros por contradecir dichas afirmaciones- el romanticismo español como pasivo recipiente del movimiento romántico europeo, de estirpe más pura y revolucionaria, la obra de Espronceda queda en un segundo plano, por su novedad contextual y por su trascendencia literaria.

Pero como se coteja en la reseñada edición, Espronceda abre nuevos caminos para la literatura española y parece que aporta otras cosas más allá de los simples ecos de autores como Byron, por ejemplo. De nuevo, la dicotomía de su figura nos invade el debate.

En consecuencia, la pregunta sigue en pie de guerra ¿Qué retrato

de Espronceda intenta representarnos Diego Martínez Torrón? Ya desde el inicio nos apunta: «Su poesía busca la libertad absoluta del individuo». Este dato lo convierte en claro referente de la estética romántica de índole universal, pero también el hecho de que, por otro lado, se nos invite a «indagar aún en el Espronceda político», pues enlaza con esa veta ideológica abierta particularmente por el romanticismo de estirpe española, tal vez por herencia de «Jovellanos, Quintana y las Cortes de Cádiz». Justamente en un país donde la ideología política y la religiosa siempre han ido ligadas con consumada evidencia: un caldo de cultivo atractivo para el rupturismo romántico, pero al mismo tiempo tan limitador y alienante para tan subversiva tendencia

La etiqueta esproncediana parece otra, como si la autenticidad de su voz quedara dilucidada por la simple irreverencia moral de sus obras más emblemáticas. En este sentido, nos parece un gran acierto de Martínez Torrón el hecho de resaltar la compleja personalidad biobibliográfica de nuestro autor, justo en las lindes de lo que hoy podemos entender como teoría estilística y la contrateoría deconstructivista. Su efectivo resultado nos adentra en el universo temático de su obra sin abrumarnos con informaciones que poco aportan para la representación de su identidad como personaje social y como creador literario respectivamente.

Metafóricamente hablando, el capítulo introductorio va «podando» o sesgando el frondoso árbol de los estudios en torno a la figura del poeta: primero, aquellos que asocian vida y obra con intención ideológica (de muy diversa intención) muy próximos a las inquietudes de su época de elaboración. Luego, se centra en aquellas aproximaciones que veían en Espronceda un reclamo partidista de una literatura -la romántica- vista con cierto recelo y conmiseración. Por ello, Martínez Torrón no duda en hacer juicios de valor al respecto y afirma con fina ironía: «lo que llama la atención es cómo evoluciona la crítica literaria en sus estudios biográficos sobre Espronceda, desde una visión inmediata de este personaje como poeta revolucionario, a una consideración conservadora que falsea su mensaje». De nuevo, la doble cara de su retrato como telón de fondo de su obra.

Visto así, el perfil del retrato elegido del poeta surge en el preciso

HPR/120

momento en el apartado introductorio se le tilda de republicano a raíz de sus escritos publicados allá por el año 1840 para más tarde afirmar rotundamente «yo creo que fue hombre profundamente comprometido con la realidad social y política de su tiempo [...] solidario, vinculado siempre a la política progresista del momento». Pero cuando más rebelde y revolucionario nos lo podemos imaginar- retrato del joven poeta- Martínez Torrón nos devuelve el contrapunto de ese otro rostro, aquel de mirada más equilibrada y dialogante: «creo que Espronceda es un republicano que modera sus ímpetus cuando se le concede un cargo político, pero no se trata del político domesticado que le llamó Cascales [...] busca una España próspera, no una revolución abstracta y utópica». Por tanto, no podemos más que reflexionar sobre la posibilidad de estar ante el retrato de un mismo autor con la única diferencia de su decepción interior. Quizás ese sea el auténtico elemento que los enlaza y los disocia en sus respectivos semblantes.

El sentimiento desaforado, el desfogue de la libertad interior frente a los yunques del mundo, de la sociedad y de sus límites, etc. Amplio parece ese abanico de calificativos que unen al Espronceda pasional con la veta romántica más radical, más liberal y arriesgada. La lógica, la razón, el diálogo y la medida hacen del autor un personaje equilibrado y controlado por la responsabilidad de su profesión. El poeta cívico suplanta al rebelde, al irreverente con las mismas armas, con las mismas técnicas, con los mismos planteamientos desde ángulos diferentes de reflexión y de creación. En efecto, su mirada cambia y con ella su ímpetu y su experiencia vital.

De la fusión de estos dos extremos surge su voz, cuyos temas principales serían el amor total perdido y la libertad, vistos desde la paradójica combinación de lo irracional y lo racional. Pero nunca hemos concebido a un autor estrictamente romántico al margen de tan significativo conflicto, víctima, quizás, de un modelo social que ya hacía visible sus incontrolables cambios hacia una modernidad de orden y signo nítidamente burgués y de control capitalista.

Una a una se nos van clasificando las claves más generales de las obras de Espronceda, para encontrar en todas ellas un temperamento que

apuesta por la dialéctica moral entre el hombre y su pensamiento. De nuevo surge la voluntad por desmarcar al autor de toda fuente literaria si este hecho juega en detrimento de su calidad creativa y creadora, pues «nuestro poeta es un genio totalmente original, y no pretendía ser un erudito». De tal aseveración cabe destacar que Espronceda abre un sentido «muy dinámico y moderno del verso, que fluye moldeado de acuerdo con los cambios de ritmo del sentido y del corazón» con *El Estudiante de Salamanca*, mientras que a través de *El Diablo Mundo* quería llegar a un público proletario, aportando una «nueva visión de la literatura que supera al romanticismo aunque todas sus técnicas [...] podría tratarse de una anticipación del realismo, que precisamente estaba triunfando en la Francia de la época». En consecuencia, se nos muestra a un Espronceda no sólo como emblema del romanticismo español en su vertiente más liberal, sino como impulsor de una evolución interna hacia el realismo e, incluso, hacia el postrero simbolismo premodernista.

Por otro lado, de obras como *Sancho Saldaña* se resalta la escasa atención crítica que ha gozado hasta la fecha; y de *El Pelayo* se discute su escaso valor literario y su innegable deuda con otros autores por la clara vinculación del texto con los ejercicios estrictamente académicos dirigidos por Alberto Lista y por la aureola popular que el tema tenía en la época. Estamos ante una edición que no se obceca en defender y difundir a un autor a toda costa y sin argumentos; al contrario, el lector encuentra reflexiones que van más allá de los intereses creados, seguramente porque trata de ser fiel a la realidad histórico-literaria que se defiende desde la lectura minuciosa de los textos.

No obstante, siempre se puede recurrir al amplio catálogo de posibilidades documentales que la propia edición aporta: con rigor y cuidada atención podemos leer de primera mano aquellos prólogos a las sucesivas primeras ediciones de sus obras, como el firmado por José García de Villalta en 1839, o la breve nota biográfica (rebatida en la introducción) de Antonio Ferrer del Río, etc. Es decir, el lector puede acercarse personalmente a la lectura de aquellos textos, coetáneos (o casi) que versaban sobre el poeta y su obra y a los que se le ha ido haciendo cumplida alusión en el capítulo introductorio de Martínez Torrón.

Pensamos que esto logra un efecto positivo en la lectura global del libro, pues la abstracción de las referencias no se quedan en el umbral de las oscuras divagaciones y de la simple manipulación de los datos, de las fuentes críticas y de sus afirmaciones, que a veces pueden descontextualizarse con suma intención autorial.

A partir de esta aportación documental -poderosa novedad frente a ediciones anteriores- surge la voz del poeta para sorprendernos con un caudal de intensa producción en verso y en prosa. No constituye sorpresa alguna, pero para los que hemos vivido a la sombra del sombrío estudiante que recorre las calles de Salamanca con tono y actitud poco aconsejables o nos hemos dejado llevar por el desaire moral de este diablo mundo, todo este caudal de títulos y textos ha sido, cuanto menos, sorprendente y agradable: todo parece abrir un campo de inigualable deleite tras el emergente listado de poemas inéditos (que han sido íntegramente respetados en su formato original) de temática tan variada, con incluso un interesante apartado de poesía pornográfica, que en el mercado editorial actual hubieran hecho las delicias de lectores y editores sin duda. Obras que no han trascendido pero que nos ayudan a concebir su figura con mayor profundidad y quizás a ser nosotros jueces implícitos de qué retrato refleja mejor su propia obra en conjunto.

Tras esa caudalosa recapitulación de textos inéditos queda, como siempre quedó en el genial poeta pacense, el encandilador El estudiante de Salamanca, una de las obras cumbres de la literatura española de todos los tiempos y el incompleto (pero magnífico a pesar de todo) El Diablo Mundo. Todo ello unido a su poco conocida producción teatral: Ni el tío ni el sobrino, Amor venga sus agravios y Blanca de Borbón, con ciertos atisbos del drama calderoniano según la particular lectura que el romanticismo, a nivel general, hizo del dramaturgo barroco.

Finalmente, su obra en prosa, encabezada por Sancho Saldaña o El Castellano de Cuéllar, muy en la línea de la novela histórica de la época, con su mirada del tiempo perdido, de los valores caducos del presente y de la pérdida de aquellos rasgos distintivos que nos hacían libres en un tiempo incrustado en la historia nacional. Tras la historia novelada con su excelente pluma surge un amplio capítulo que recoge sus

artículos publicados, tanto los literarios como los políticos, a los que también se les anexa un número interesante de cartas y documentos varios que, sin duda, ofrecen al lector- aficionado y especializado- una cantidad de posibilidades interpretativas y estrictamente lectoras que, a buen seguro, harán de Espronceda uno de nuestros clásicos más (y mejor) conocido desde entonces con el permiso de los consabidos estudios de Robert Marrast, Ricardo Landeira y Joaquín Casalduero entre otros.

Esta edición de sus *Obras Completas* nos ha ido señalando las pinceladas literarias que conformaron los retratos de Espronceda: el revolucionario y el comedido, el arrogante y el dialogante. Pues, en el fondo, quienes han de cambiar son sus lectores y el conocimiento real de su obra, para dejar a un lado, definitivamente, tanto cliché vacío e insuficiente: sólo así el debate perderá todo su tono encrespado y nos abrirá, necesariamente, el camino para la lectura de su brillante trayectoria literaria. Pensamos, por tanto, que uno de los mejores logros de esta edición es haber dotado al lector de suficientes argumentos para que él mismo sea capaz de dirimir qué retrato de Espronceda hace más justicia a su obra o a determinados libros en concreto. Aunque su mundo poético pueda crear dudas, incertidumbres o profundos interrogantes. No debe temerse el desvarío de sus imágenes ni su intensa pugna por querer constreñir la ilimitada emoción de la vida a los restringidos parámetros del lenguaje: Espronceda es un autor romántico no por imposición sino por identidad personal y esto le lleva al mayor de los desajustes entre hombre y mundo, tanto como al riesgo que comporta la búsqueda desaforada del Todo o la Nada y el desequilibrio que tal empresa implica. Pero también piensen que la vida, sin desequilibrios, puede parecer carente de emociones que la conviertan en atractiva aventura, o como el propio Espronceda afirmó en su conocido «Canto a Teresa»: “¿Quién a parar alcanza la carrera / del mundo hermoso que al placer convida?”

Sergio Arlandis
Universidad de Valencia